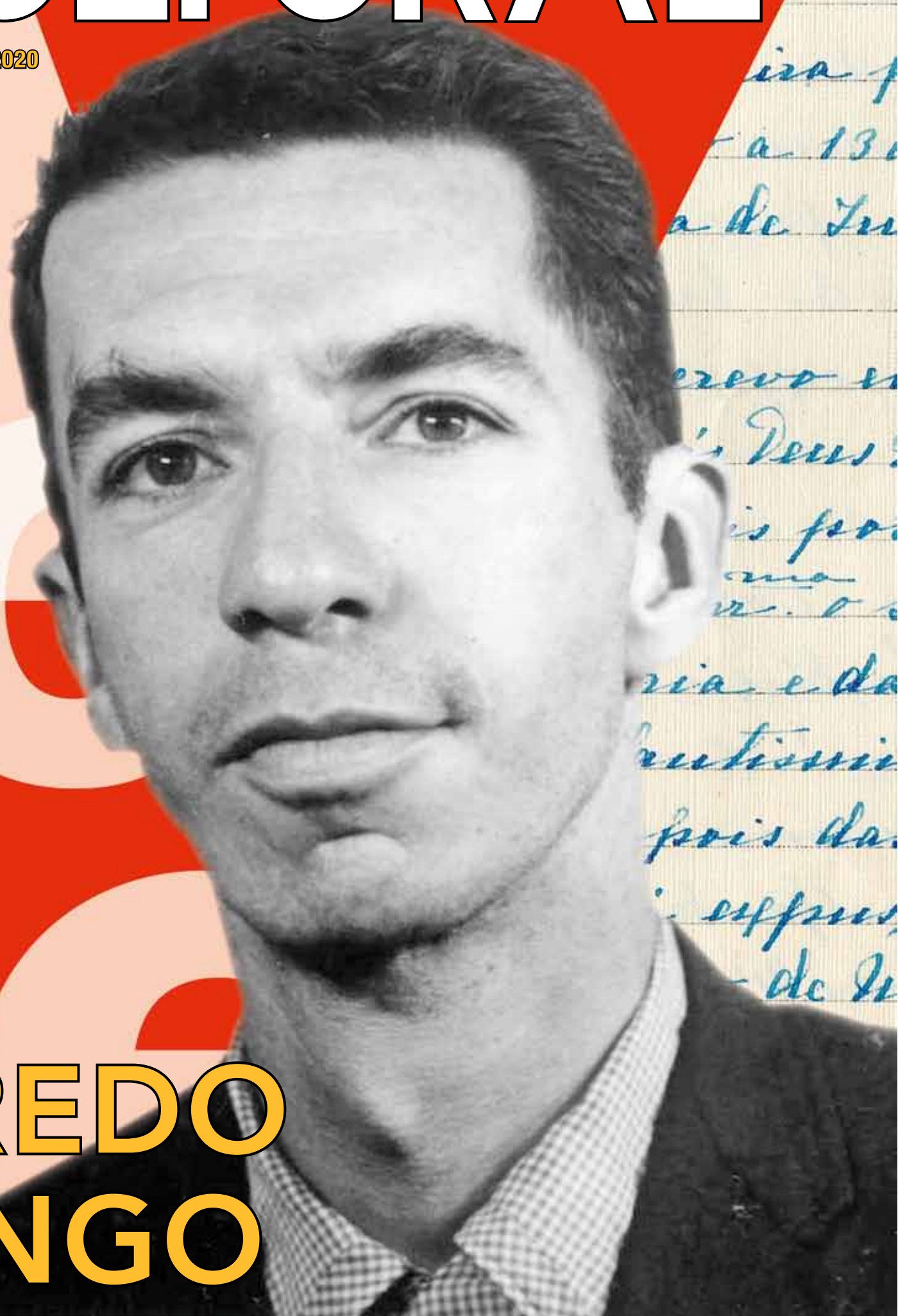


SUPLEMENTO SEMANAL DE LA HORA, IDEA ORIGINAL DE ROSAURO CARMÍN Q.

CULTURAL

GUATEMALA, 24 DE JULIO DE 2020



LUIS
ALFREDO
ARANGO

PRESENTACIÓN

Textos como el que presentamos de Max Araujo, “De mis memorias”, son vitales en la historia del pensamiento en cuanto ejercicio de recuperación del desenvolvimiento

artístico en nuestro país. Constituye el esfuerzo no solo de sistematización de los acontecimientos, sino la voluntad de darles sentido y registrarlo para los lectores.

En este artículo, inspirado en la figura del escritor Luis Alfredo Arango, los protagonistas, además de los poetas, los gestores culturales y los periodistas, entre otros, son también las circunstancias vitales sin cuya comprensión es imposible entender las vicisitudes humanas.

El relato de Max, lleno de sensibilidad, le permite pinceladas que caracterizan a sus personajes, en este caso a Arango, que dan una idea de sus complejidades biográficas. Sirva de ejemplo la siguiente descripción:

“De las primeras cosas que me impresionaron de Luis Alfredo fueron su sencillez, su trato amable y educado, su catolicismo y su disciplina para dedicarse los fines de semana a escribir, leer o pintar. Tenía un estudio, rústico, construido a un costado de su casa, en un área originalmente destinada a un pasillo, de metro y medio de ancho por tres de largo, con una vidriera al frente que hacía de pared, con un jardincito exterior que utilizaba de garaje. En el estudio tenía pequeño escritorio con una silla, y dos más para personas que le visitaban, así como unas librerías en la parte de atrás y en uno de sus lados. Los muebles eran de pino, de los que se hacen en Momostenango”.

Deseamos que tanto el aporte histórico ofrecido por Max Araujo como la variedad argumental de los demás colaboradores, sean bien recibidos por usted desde la comodidad de su hogar. Nuestra intención es compartir lecturas que, superando lo estrictamente gozoso de los contenidos, le hagan experimentar reflexiones de más alto nivel crítico. Ojalá podamos mejorar en nuestra aspiración y lograr su preferencia en el tiempo. Hasta la próxima.

CULTURAL

ES UNA PUBLICACIÓN DE:

La Hora Fundado en 1920

DIRECTOR GENERAL:
OSCAR CLEMENTE MARROQUÍN

DIRECTOR:
PEDRO PABLO MARROQUÍN P.

EDITOR DE SUPLEMENTO:
EDUARDO BLANDÓN
ejblandon@lahora.com.gt

DIAGRAMACIÓN:
ALEJANDRO RAMÍREZ

DE MIS MEMORIAS
LUIS ALFREDO ARANGO
(PRIMERA PARTE)

MAX ARAUJO
Escritor

Fue una tarde -un sábado-, en los primeros años de los ochenta del siglo veinte- tendríamos cinco años de haber comenzado la labor editorial de Rin 78-, cuando Juan Fernando Cifuentes me llevó a la casa de Luis Alfredo Arango, situada en Jardines de Tikal, zona siete, de la ciudad de Guatemala, a dos cuadras del sitio arqueológico Kaminal Juyú. La vivienda de las que se construyeron en serie en los años sesenta-setenta- en distintos lugares de la ciudad de Guatemala, a las que les llamamos en esa época “chalets”, -no muy grandes, cerradas totalmente- que rompieron con el estilo tradicional de casas con corredores y patios interiores. Arango extrañó la casa familiar de Totonicapán que era de ese tipo.

Yo había leído parte de su poesía, pero no le conocía personalmente. De entrada, le vi un parecido a la figura del Quijote de la Mancha. Cifuentes tenía relación con él porque estaban en pláticas para que dirigiera el suplemento Tzolkin, del Diario de Centroamérica, del que Juan Fernando era director. El maestro al verme me dijo “hola vos, como estás, ya tenía días de no verte”. Inmediatamente se dio cuenta de su equivocación. Me confundió con Marco Augusto Quiroa – con él y con el editor Oscar de León Castillo, otras personas, me confundieron varias veces-. Pasó enseguida a disculparse. Ese día fue el inicio de nuestra amistad.

Por aquellos años yo vivía en la entrañable colonia “Quinta Samayoa”, no lejos de la casa de Luis Alfredo. Esa primera vez se convirtió en muchas tardes - siempre en sábado-, que terminaron con su muerte en el 2000. Cuando yo no llegaba recibía de él una llamada telefónica preguntándome porqué, o un reclamo amistoso en la siguiente ocasión. Hubo sábados que me fue imposible llegar, porque viajé a otros países o por un compromiso ineludible. Alguna que otra



ocasión nos vimos en días distintos, un feriado o porque asistimos juntos a algún evento cultural o social.

La rutina de los sábados por la tarde no se interrumpió ni cuando- durante un año-, en 1983, yo le pasaba a buscar para las reuniones matutinas que realizábamos varios amigos, entre ellos Arango y Amable Sánchez Torres, para discutir los principios, los ejes, y los objetivos de la Asociación Módulos de Esperanza, que bajo la guía de su ideólogo, el padre Ramón Adán Stürze -quien mantuvo en “El Gráfico” una columna, “Matices”, con el pseudónimo de Víctor Pabsch, y otra, años antes, en “La Tarde”, con el título de “Ojos con paisaje”, como Adán Stürze. En esta última columna nos sorprendía con los paisajes humanos y de naturaleza que describía del lugar donde vivía, una champa post terremoto en Galeras de Bethania, hoy colonia El Amparo.

Por esas columnas el escultor Rodolfo Galeotti Torres me pidió conocerlo. Fue un memorable encuentro. La asociación la constituimos para darle seguimiento al trabajo social que dicho sacerdote realizó en las colonias El Amparo y El Granizo. Tuve el privilegio de presentar al Padre Ramón a varios amigos escritores, entre ellos a los poetas indicados, ya que siendo él también escritor deseaba conocerlos. Cuando autoricé como notario la escritura de constitución fue Luis Alfredo Arango quien firmó la solicitud de autorización ante el Ministerio de Gobernación. De la columna Matices, con Arango, hicimos una selección de textos que con el título de “Tiempo Vivido” se publicó con el sello de Rin 78, en la colección Guatemala de la Tipografía Nacional.

De las primeras cosas que me impresionaron de Luis Alfredo fueron

su sencillez, su trato amable y educado, su catolicismo y su disciplina para dedicarse los fines de semana a escribir, leer o pintar. Tenía un estudio, rústico, construido a un costado de su casa, en un área originalmente destinada a un pasillo, de metro y medio de ancho por tres de largo, con una vidriera al frente que hacía de pared, con un jardincito exterior que utilizaba de garaje. En el estudio tenía pequeño escritorio con una silla, y dos más para personas que le visitaban, así como unas librerías en la parte de atrás y en uno de sus lados. Los muebles eran de pino, de los que se hacen en Momostenango.

Cada cierto tiempo le hacía cambios a su espacio o le agregaba pequeñas cosas nuevas: unas piedras, unas plumas de pájaro o cualquier otro objeto -no grande- que le había llamado su atención. En mi imaginario, hasta antes de conocerlo, lo había tenido por una persona agresiva, dado que fui lector de las polémicas que años atrás sostuvo con el Bolo Flores en la revista "La Semana". En la misma sección escribían también Luis de Lion, Luis Eduardo Rivera y otros escritores, de quienes no recuerdo su nombre. En otro apartado lo hacía Celso Lara sobre folclore.

En algún momento de nuestras conversaciones me contó de su conversión al catolicismo, cuando el ejército- dicho por él- asesinó a un amigo suyo; profesor del Adolfo V. Hall, por sus vínculos con la Universidad de San Carlos, y que por esa conversión dejó atrás su agresividad y la parranda, aunque no en pocas ocasiones tomamos alguna cerveza o tragos de licor, pero con moderación. Siempre he tenido el convencimiento que nunca fue agresivo en su comportamiento diario, salvo en su escritura. Fue un rebelde y un inconforme con nuestra sociedad.

Mis llegadas a la casa de Arango me sirvieron para conocer, en primicia, de sus nuevos poemas, otros textos suyos y pinturas en formatos pequeños, así como de literatura en general, -era un lector empedernido-, por eso, durante varios meses, tuvimos en sábados continuos, por la tarde, en casa de la escritora y cronista, de nacionalidad alemana, con residencia en Guatemala, Irina Darlé, que contaba con una vista impresionante hacia un barranco lleno de árboles, situada en la colonia El Sauce, zona 2-, con él, con Amable Sánchez y Ramón Adán Stürze, un grupo de conversación sobre temas de cultura. De boca de Irina supimos de la amistad

que ella tuvo con personajes como Salvador Dalí, Ana María Matute, Luis Rosales (españoles) y Manuel Galich. Ella era excelente conversadora, con un anecdotario de su vida en España, El Salvador y Guatemala.

De Arango conocí de su vida: de asuntos personales, de sus problemas, frustraciones y logros. Sin pretenderlo me convertí en su confidente. Por eso agradecía mis llegadas. Fue un ser que detestaba las injusticias, el racismo y la hipocresía. Cuando le conocí ya era de misas y comuniones los domingos, y de cada día que podía. Le tomé cariño a su esposa y a sus cuatro hijos: dos varones y dos mujeres, que ya habían salido de la adolescencia. El pequeño aún estudiaba en el colegio San Antonio. El mayor egresado del Don Bosco, las hijas de un colegio cercano.

Supe de la existencia de su medio hermano, unos cinco años mayor que él, fruto de una aventura de su papá con una mujer indígena que trabajó en la casa paterna: de la relación fraternal que tuvo con él, y lo que sufrió cuando este fue echado del hogar paterno por su abuela. Años después se reencontraron en la ciudad de Guatemala y reiniciaron su hermandad. Siempre lo tuvo como un maestro de vida. Me contó también de su adolescencia. Muchos de estos hechos están descritos en la novela "Después del tango vienen los moros". Es bastante autobiográfica.

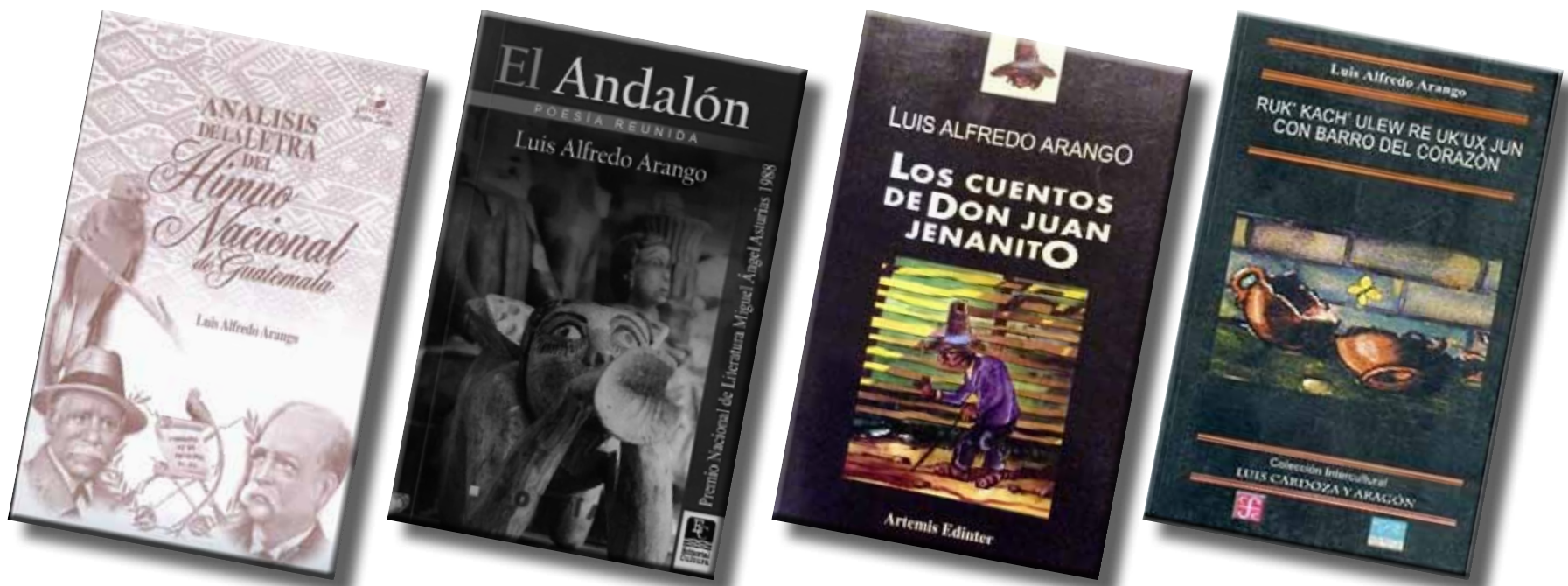
El avance en la escritura de esa obra fue muy sufrida para él. Lo vi llorar con los recuerdos -fui el encargado de la primera publicación de esa obra, con la Editorial Rin 78-. Me compartió de un amor intenso que vivió con una muchacha indígena en las montañas de Cubulco, cuando comenzó su carrera como maestro; estudios que cursó en la escuela Normal Central para Varones -cuántas anécdotas me contó de esa época-.

Dado que estaba muy solo, los principales de la aldea le llevaron a la muchacha para que lo atendiera. Lejos estaba él de saber lo que significaría en su vida. Cuando el año final del año lectivo le comentó a ella que ya no retornaría, la muchacha desapareció y nunca la vio más. Se quedó viviendo en su corazón y en sus recuerdos. Esa pérdida le causó un gran dolor. Años después, ya de promotor social en San José Nacahuil -contratado por el Instituto Indigenista-, conoció a su esposa, doña Juanita Suruy, de origen maya-

cachiquel. Para casarse con ella siguió todos los pasos "*de la costumbre*". Un pedidor de la comunidad le asesoró y acompañó en esos afanes.

De anécdotas de mi amistad con Arango tengo muchas, pero destaco algunas, como la vez que me dio el primer poema de Ak'abal, finales de los ochenta, para que yo se le entregara a Carlos René García Escobar, para que este lo incluyera en la sección "Teluria Cultural", del suplemento sabatino del diario La Hora. Esa publicación fue la presentación pública de Humberto. En esa ocasión me contó del reencuentro que tuvieron con Ak'abal; posterior a la lectura de poesía que Luis Alfredo hizo en el IGA -que un grupo de amigos organizamos dentro de un programa que duró poco, que titulamos "de tacón y hueso"; nombre propuesto por Norma García Mainieri (Isabel Garma), quien también nos dio el título "Abrapalabra" para la revista literaria que con parte de ese grupo fundamos en la Universidad Rafael Landívar-.

Años atrás a este acto, Ak'abal lo buscó -época en la que Arango laboraba en el IGGS-, por ser ambos originarios de Totonicapán. Cuando dejó de trabajar en esa institución dejaron de verse. Por la convocatoria pública del evento se enteró. Al terminar la lectura cruzaron unas palabras, y convinieron que Humberto lo llegara a visitar los domingos por la mañana. Luis Alfredo me contó que Humberto le leyó, en la primera visita, unos poemas que a él no le gustaron. Lo mismo sucedió en la segunda visita, por lo que le solicitó que le llevara otros poemas. En la tercera ocasión Ak'abal le compartió unos poemas, entre ellos el primero que publicó en la "Teluria Cultural", y los que le siguieron en fechas posteriores, en esa misma sección, que después se incorporaron en "El Animalero"; libro que los miembros del Consejo de Editorial Cultural, propusimos en 1990, que se publicara por sugerencia de Arango. Los otros miembros eran Juan Fernando Cifuentes, María del Carmen Pellecer y el propio Luis Alfredo. Supe también que los primeros poemas que llevó Humberto a Arango fueron versificados en la forma que conoció Luis Alfredo porque un "crítico", de cuyo nombre no quiero acordarme, le había dicho que dejara de escribir "indiadas". Cuando Arango leyó los poemas que le gustaron le dijo a Humberto "*esta es su poesía, así debe continuar escribiendo*". Lo demás es historia.



ESCUINTLA: CUATRO DÉCADAS DESPUÉS DEL ASESINATO DEL PERIODISTA JULIO CORONADO ESPINOZA

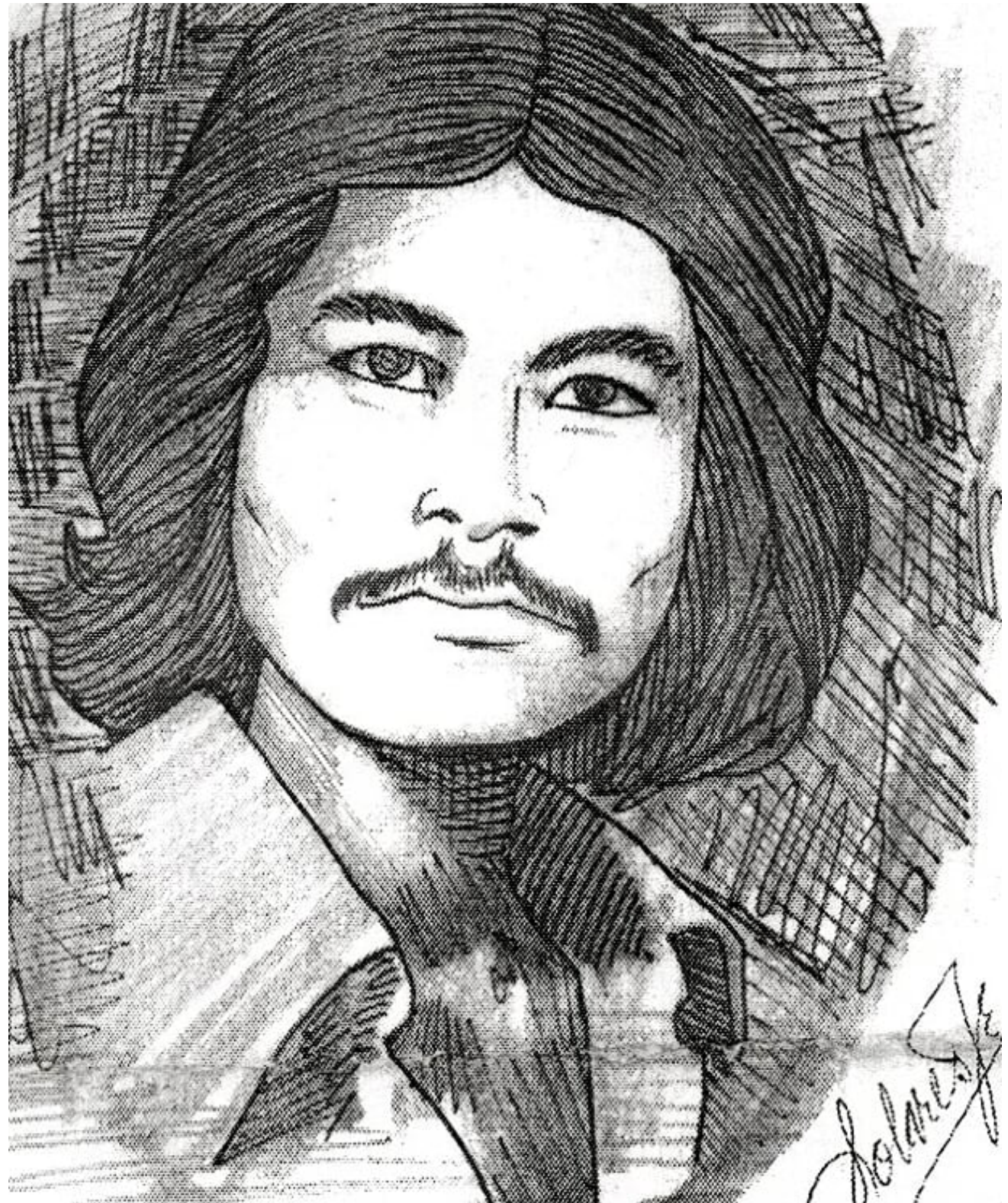
MARIO RIVERO NÁJERA
Escritor y periodista

Parece que fue ayer. Y sin embargo la memoria de muchos no alcanza a registrar ese acontecimiento. No sólo la mancha de sangre fue borrada de la acera. También se ha borrado del entendimiento y, lo que es peor, de la conciencia, el sacrificio de una de las vidas más interesantes de la Escuintla de los años 80. No obstante su temprana edad (28 años), su trayectoria es indeleble para las páginas de la historia que nadie lee, pero que está ahí porque es vida de nuestra patria... ¿O muerte?

Pocos, como Julio, estuvieron siempre conscientes de que su muerte era inevitable. Y, sin embargo, la afrontaron, en la confianza de que su sacrificio abonaría el surco donde se siembran las esperanzas y el mañana de todo un pueblo.

Esperaba la muerte, pero mucho más esperaba que con ella cristalizaran los anhelos de justicia y de una alborada de libertades y de igualdad para las mayorías. No se sabrá si fue una actitud valiente o un acto consciente de inmolación. Lo que sí sabemos y se debe saber siempre es que el periodismo de Julio Coronado fue un periodismo comprometido, nunca una actividad acomodaticia y complaciente ante los poderes del oscurantismo, ni doblegada por la corrupción que suele comprar silencio o alabanzas.

Este sábado 25 de julio se cumplen 40 años del asesinato del periodista Julio Coronado Espinoza, cometido impunemente en una céntrica calle de la ciudad de Escuintla en los años 80 y 40 años después, aún hace falta conciencia para darnos cuenta de que el hambre, la pobreza y el clamor de justicia y de paz no debieron tener nunca membretes políticos. ¡Debieron tener soluciones! Pero hace 40 años, alzar la voz contra



las injusticias y los abusos de poder equivalía a recibir un disparo de escopeta por la espalda.

No obstante, Julio siempre elevó su voz... Y nosotros, el pueblo, estamos dejando que se apague. No

obstante, cuatro décadas después de su asesinato, el nombre y el recuerdo de Julio Coronado sigue siendo incómodo para algunas flores oscuras, tristes y ponzoñosas, flores del mal, que adormecen en trance de

marchitez. Pero el nombre de Julio Coronado permanecerá por siempre en las páginas de la historia del periodismo, porque la historia del periodismo guatemalteco también se ha escrito desde los departamentos.

BENÉVOLO Y LIGERAMENTE ETERNO

CARLOS GARAY*
Escritor

Quiero aprender a nadar, mamá, dijo alguna vez. Alcancé a ver en su mirada un augurio, un río melancólico saliéndose de su cauce para mojarme los zapatos, teniendo su cadáver entre mis brazos, peinándolo y sintiendo que ahora verdaderamente se había convertido en un cocodrilo legendario. Quiero aprender a nadar, uno nunca sabe; pero, por ser tan flaco, me da vergüenza. Risas mías, risas tuyas. Todas las risas posibles. Por supuesto que debes aprender. ¿Y usted puede nadar, mamá? No. Me da tanto miedo el agua estancada: se ha tragado a dos de tus tíos. Ahora yo tengo miedo. No puedo recordar tales cosas, porque me entristezco, pero qué sabés vos de mis miedos.

A mé tenerlo en mis brazos. De bebé lloraba durante horas. Fue creciendo y siempre iba hacia mí, me jalaba de la falda. Mamá, tengo miedo de ser grande, decía, porque usted se va a morir y yo me voy a quedar solo. ¿Por qué decís eso, mi bichito? *Me agacho hasta alcanzar tu altura de seis años.* Porque cuando los hijos crecen, las mamás mueren. *Creo tambalearme cuando jalás mi falda. Desfallezco. Comienza a llover y amenazan los recuerdos de tu difunto papá.* No, mi corazón, siempre voy a estar con vos. Mientras se lo decía lo llevaba a la cama y al verlo dormir, pensaba: lo más tierno de pensar que sos un dinosaurio o un cocodrilo —a falta de pruebas contundentes sobre la existencia de los primeros— es que te visualizo benévolo y ligeramente eterno. Siempre lo imaginaba entre las aguas, atrapando presas fáciles. Volviendo a los demás, temerosos de su sola presencia, pero sin olvidar que su existencia guardaba una benignidad jamás antes vista en un depredador.

Nunca me preguntés cosas que me aterrorizan o ¿por ser pequeño e ingenuo las hacés? Si tuviera la facultad de hacerte callar lo haría. No puedo seguir fingiendo esta sonrisa



cansada. Callate. Me gustaría irme lejos, regresarte a mi matriz para resguardarte y librarme de tus dudas. Quiero ignorarlas e irme a maquillar, como antes. Ser joven, ir a bailar con tu papá. Pero envejezco, creo más en Dios. Por eso decidí desmaquillar mi rostro, honrar la memoria de tu padre y hacerme fuerte. ¿Por qué mi papá murió, mamá? No me gustaría verla casada con otro hombre. ¿Le gusta el señor que la viene a ver en las mañanas? Él es bueno conmigo, pero extraño a mi papá. Siento que se pone celoso de que alguien le viene a dejar flores. ¿Será que puede verla cuando usted le prepara café a ese señor? No sé qué puedo responderte, porque me siento linda, me siento como recién casada, me siento como una niña.

Cuando se despidió de mí y fue a nadar, no sospeché de los fantasmas que siempre han hecho guaridas en mi corazón. Por supuesto, ahora ya no son solo guaridas, sino búnkeres para atacar en los momentos menos esperados. Lo abracé con prisa y alcancé a decirle que no regresara tan tarde. Ahí vengo luego. *Ahora ya no tenés seis años, ni sos un bichito de tres a quien enseñaba a hacer esculturas de plastilina. Ya sos un muchacho de quince, más parecido a mis sueños.* Ahí vengo luego. Al escuchar la puerta cerrarse desde la cocina, imaginé que iba a regresar

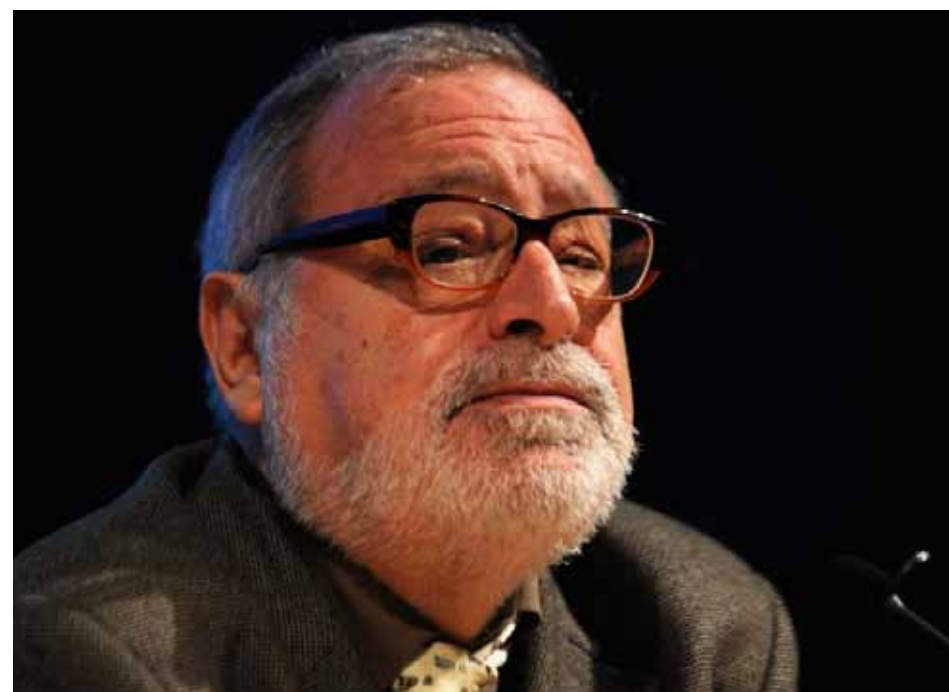
diciendo que ya había aprendido a nadar, sin necesidad que yo fuera, siquiera, a acercarme a esas inmensas bocas abiertas llenas de agua, como cuando fui y me dijeron que uno de mis hermanos había desaparecido en un lago. Se lo había tragado así por así. Vi ese lago inmóvil, manso, palpable y sumiso bajo la palma de mi mano cuando llegué a su orilla a acariciarlo. Por un instante pensé en caminar sobre él, sabía que llegaría hasta la otra orilla sin hundirme, pero alguien me tocó el hombro diciendo que la blasfemia es también casi como ahogarse. *Ahí vengo, dijiste, y tal vez un violín importunaba la casa con un triste vals.*

Transcurría el mediodía y, gota a gota, la lluvia se agrandaba contra la lámina. Ahora era otro presagio. Pero ya no un río saliéndose de su cauce, sino llenando con hilos de agua los pulmones de un desventurado naufrago. Entonces llegó la noticia. El disparo en mis sienes. La boca de algún ser desdibujado diciéndome con señas lo que pasó por mi cabeza: que mi hijo se había ahogado en el río. El cuchillo en mi mano temblaba cuando desgajaba una verdura, indiferente al momento. Hubiera querido que esa verdura fuera una extensión de mi brazo izquierdo para no tener ninguna dificultad para llegar al corazón y

amputármelo. *Yo estaba barriendo la casa, estaba arreglando la cama donde todavía dormías conmigo, dispuesta a preparar un almuerzo improvisado, de lo que encontrara en la alacena, mientras vos estabas tragándote todo nuestro futuro en bocanadas de agua. Policías en la casa, señora, tiene que ir a reconocer el cuerpo. No hay ningún cuerpo que reconocer, porque estoy segura de que no te has ahogado, sino que estás resguardado dentro de un gran pez; de seguro me has desobedecido y ahora estás reflexionando acerca de tus actos y obrarás conforme a como yo te diga cuando esa criatura te devuelva a tierra. Tenga un poco de agua, cálmese. Me dan agua, la misma que te ha matado. No quiero ver más este líquido. No quiero volver a lavar ropa, no quiero volver a prender la llave del chorro ni la de la ducha, aunque me muera de suciedad. Y la serpiente de agua te ha tragado entero y te ha vomitado sin vida a mis brazos. ¿Él es su hijo? Cómo saber si sos vos si no puedo escuchar tu voz, si tu corazón está mudo como el mío, pero el mío, por desgracia, sigue latiendo. No, señor, no es mi hijo. Todos me miran atónitos. Pero, ¿cómo es posible que no lo sea? Mi hijo me decía mamá. Este no habla, no abre los ojos, está frío. Mi hijo me dijo que iba a aprender a nadar y este se ahogó. No puede ser mi hijo.*

Pero hay algo cierto en todo esto: tu silencio me condena y me une a vos. Nuestra sangre —aunque la tuya se haya estancado— es la voz que necesitamos para pensarnos. Señora, este es el cuerpo de su hijo. Afirmo, desconsolada. Ya no me siento linda, ya no me siento joven. Me siento vieja, cansada, mi pelo cano se resiste ante tintes y químicos. Ya no esperaré a nadie a tomar café por las mañanas, te lo prometo. Además, ahora que veo tu cuerpo me siento afortunada al tenerte conmigo y peinar tu cabello como cuando tenías tres años. Y no tengás pena de seguir creciendo, así ya no me vas a ver morir ni te sentirás solo jamás. Y creeme que amo la paz de mi cocodrilo sumergido en un sueño, en un sueño prehistórico, por supuesto.

***Guatemala.** No es un alarde de la ficción decir que tiene 34 o 35 años. Fue registrado en las actas municipales un año después de su nacimiento. Estudiante universitario de la USAC, docente de Educación Primaria, Teatro y Literatura. Participa en el V Festival de las Artes en la Universidad Pedagógica Francisco Morazán, Honduras (2007), incluido en la antología Retazos de Luna compilado por el licenciado Mario René Dardón (2009), publica el cuento Relato de perro en la revista electrónica Letralia (2015), publica el cuento Por la mañana en el libro I concurso de microrrelatos, Burgos, España (2019).



EPÍSTOLA

CARTA DE FERNANDO SAVATER A SPINOZA

De todo lo que sé acerca de tu vida admirable --admirable por su luminosa limpidez sin estrépito, por su coraje racional, por su brevedad fecunda, por su honradez-- hay una anécdota que me emociona particularmente. Son sólo unas pocas palabras tuyas, que no están en tus obras publicadas, ni en las póstumas, ni en tu correspondencia, y que nos llegan conservadas por el testimonio de una boca innoble. El 9 de agosto de 1669, el capitán Miguel Pérez de Maltranilla, recién vuelto de los Países Bajos, hizo una declaración ante el tribunal de la Inquisición de Madrid contra el doctor Juan de Prado y sus discípulos, a quienes había conocido durante su estancia en Amsterdam. Atestiguó que dicho doctor negaba la inmortalidad del alma y nos asemejaba a las bestias. Entre sus secuaces se hallaba “un mozo de buen cuerpo, delgado, cabello largo negro, poco bigote del mismo color, de buen rostro, de treinta y tres años de edad, llamado Spinosa”. A este joven no le atribuye el delator Maltranilla ninguna proposición herética, sino que admite “no saber otra cosa más que haberle oído decir a él mismo que nunca había visto España y tenía deseo de verla”.

Querías volver a Sefarad, hermano Baruch. La concatenación de los efectos y las causas que tejen la faz del mundo te lo impidieron y ciertamente fue mejor así. Sin duda resultaba preferible para ti entonces la Sefarad soñada y añorada que la real, en la que hubieras tenido un mal encuentro con tipejos como Maltranilla y los torvos inquisidores a los que servía. Ahora yo te escribo desde Sefarad a despecho de los siglos que nos separan, *sub specie aeternitatis*, como si fuera posible --y de un modo misterioso creo que lo es-- que tú vuelvas por fin a Sefarad, que yo te acompañe y te muestre los lugares que aquí amo, que seamos definitivamente amigos.

Pero aunque representase un gran placer y un indudable honor tenerte como huésped hoy en Sefarad, yo creo que donde sin duda resultaría más útil tu presencia es precisamente en Israel. ¡Qué buen ciudadano judío tú en el Israel actual, Baruch Spinoza, qué necesaria imagen de la ciudadanía deseable sabrías proponer a tus compatriotas y proponernos a todos para el siglo XXI como lo hiciste ya en el XVII! Porque en un mundo de fanatismos exasperados y de supersticiones indignamente consagradas con el nombre de religiones, estoy seguro de que volverías a impartir tu imprescindible lección de cordura. Nos explicarías otra vez que la función del Estado es garantizar la libertad y el bienestar en esta vida de sus miembros, no obligarlos a la santidad en la forma caprichosa que determinan unos cuantos clérigos. Nos recordarías que cualquier comunidad humana tiene indudable derecho a buscar su seguridad, pero que nada consolida mejor la seguridad pública que conseguir la amistad de los vecinos o los rivales que pueden amenazarla. Quizá volvieres a decirnos, como en tu Tratado político, que “para hacer la guerra, basta tener la voluntad de hacerla. Sobre la paz, en cambio, nada puede decidirse sin el asentimiento de la voluntad de la otra sociedad. De donde se sigue que el derecho de guerra es propio de cada una de las sociedades, mientras que el derecho de paz no es propio de una sola sociedad, sino de dos al menos que, precisamente por eso, se llaman aliadas” (capítulo III, 13). Y que esa voluntad de paz del otro debe ser conseguida sin duda por medio de la firmeza racional, porque no vivimos como ángeles en un mundo demoníaco, pero también comprendiendo los intereses opuestos e intentando respetarlos en la medida en que tal respeto será el mejor modo de consolidar los propios.

En este turbulento fin de siglo (malo, como

todos: no hay siglos buenos...), la lección que podemos obtener de tus libros es la más urgente. Porque tú, Baruch, enseñaste que la única y verdadera religión es la que establece como dogma principal que estamos hechos para nuestros semejantes, no para la veneración de la Tierra o la gloria de los Cielos. Y que los humanos, estemos donde estemos, sea en nuestro país nativo o en la ciudad conquistada o en el exilio, siempre pisamos suelo extranjero: es decir, siempre tendremos que ser huéspedes los unos de los otros. Las grandes pautas de la ética han coincidido siempre con las leyes de la hospitalidad, y no hay auténtica impiedad más que en el propietario que hincan los talones en el polvo y deja a la intemperie al forastero --y, por tanto, hermano, semejante-- que llama a su puerta. De esa condición esencialmente hospitalaria de la ética no supersticiosa puede saber más que nadie el pueblo judío, por los avatares de su destierro. Hasta tal punto que un escritor de mi siglo, Cioran, señalando que la radical extranjería es la que nos hace humanos, ha escrito que los judíos lo son doblemente: por hombres y por judíos. Pero lo cierto es que, judíos o no judíos, cuantos queramos ser ciudadanos del nuevo siglo y no bárbaros tendremos que recordar esta moral básica.

Querido Baruch, Sefarad ya no está en Sefarad. Quizá tristemente debamos asumir que la Sefarad que tú anhelabas conocer nunca fue la Sefarad histórica, la cual también incurrió en la barbarie y la exclusión. Pero la otra, la Sefarad en la que todos son extranjeros y por tanto semejantes, la Sefarad hospitalaria en la que nadie es apartado o perseguido, la Sefarad sin dogmas para excluir ni banderas para enfrentar, ésa también yo quisiera verla alguna vez. Ayúdame para que la busquemos juntos.

POESÍA

ENÁN MORENO

PALABRA DE POETA

LOS SIGNOS DE MI SER

No solo mi nombre
Yo mismo entero
Estoy hecho de palabras:
Desde el palabroso pelo
Hasta la punta de mis pies verboides.
Me sobrevuelan ideas
Que atrapo en palabras
Tengo la cabeza llena
De nuevos sustantivos abstractos y concretos.
Mi tronco y mis extremidades
Se mueven
En doble articulación de signos.
Mi corazón es un latido
Sonoro
Vital
Conjugación presente
Entre pasado y futuro.
Mi sangre es río sintáctico
Que vivifica mi sistema.
Mi vista, oídos, olfato, mi piel sensible
Me alimentan y frutezco
Por la boca.
Estoy hecho de palabras
Y poseo así
La semántica
De mi existencia.

DEFINICIÓN

Grito primigenio
Miedo, llanto, dolor
Puente que se tiende entre dos seres
Asombro
Desgarramiento
Magia, creación
O placer intenso:
Palabra.

PALABRAS EN SILENCIO

Esas palabras
Que nadie escucha
Esas palabras
Que nadie lee
¿Qué sentirán?
¿Qué será de ellas?
Seguramente mueren
Desangrándose en silencio.

SECRETO

Solo con los poetas
Las palabras alcanzan
Orgasmos lingüísticos.

DAME HOY UNA PALABRA

Dame hoy una palabra
Para esta triste soledad que me circunda
No la palabra piedra que golpea
Ni la que erosiona cercanías.
Una palabra dulce quisiera
Sonido acariciante que aleje soledades
Y que ilumine
Y ahogue
El silencio.

Selección de textos Gustavo Sánchez Zepeda.





ESTÉTICA

BOCCACCIO

LA POESÍA ES UN FERVOR DIVINO QUE LLEVA A EXQUISITOS HALLAZGOS

La poesía, despreciada por la gente ignorante, es una especie de fervor que lleva a exquisitos hallazgos y a expresar en palabras o escritos lo que se ha hallado; un fervor que procede del seno de Dios, y que, según creo, es concedido a pocas mentes. Por ser un don tan admirable, siempre han sido rarísimos los poetas. Porque los efectos de este fervor son sublimes:

impulsa en la mente el ansia de expresarse, excogita extrañas e inauditas invenciones; y, una vez meditadas, las compone con un orden determinado, y adorna esa composición con cierto tejido de palabras y sentencias, revistiéndola con un velo de fábulas y verdades. Y si uno que ha recibido el don del fervor poético cumple imperfectamente la función descrita, a mi juicio no es un poeta

verdaderamente loable. Y, aunque el impulso poético excita profundamente la mente a quien se le ha regalado, es raro que pueda realizar algo apreciable si los instrumentos con los que los conceptos deben elaborarse son defectuosos; me refiero a los preceptos de gramática y retórica, cuyo conocimiento es importante.

(De genealogiis deorum XIV 7)